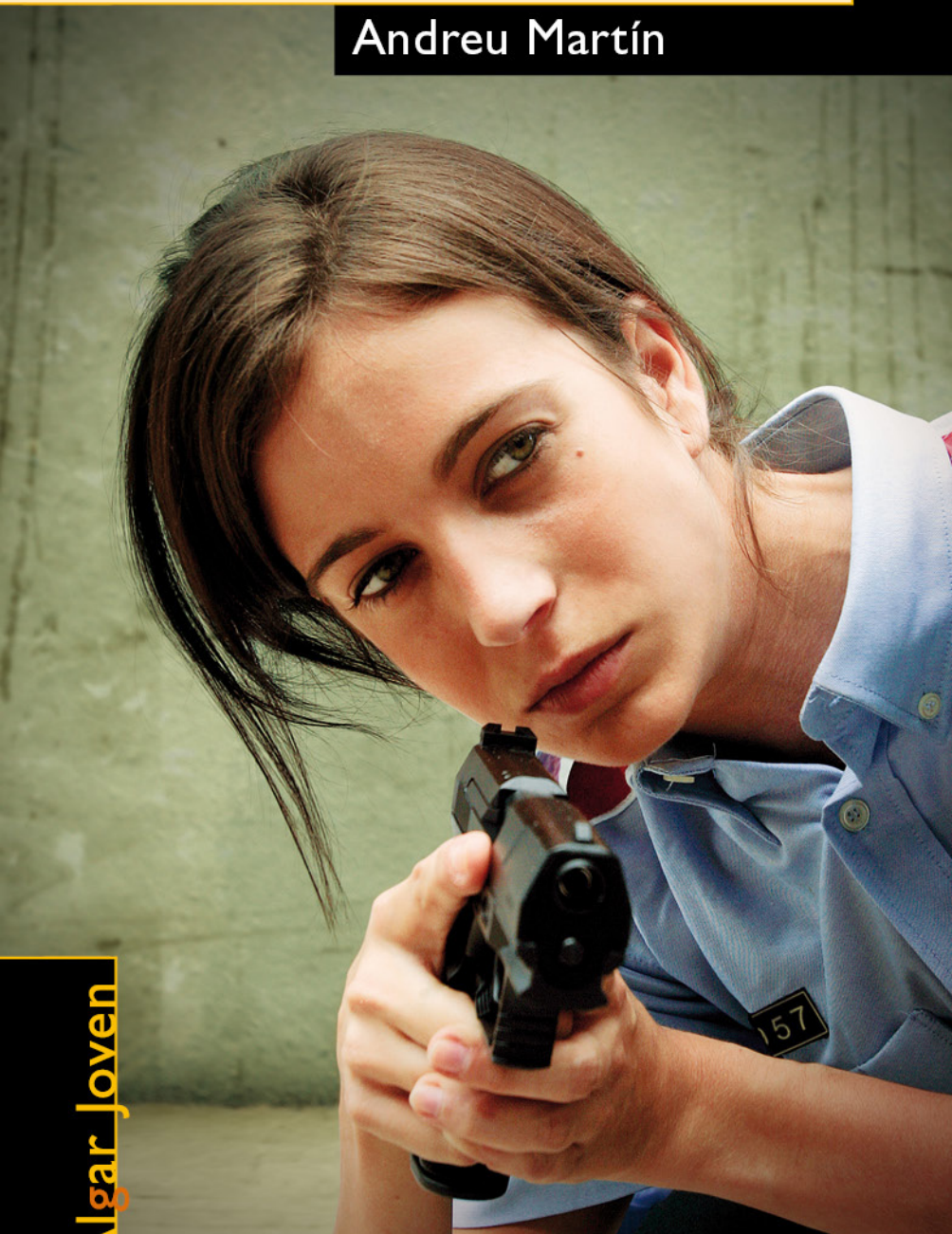


Wendy ataca

Andreu Martín



Algar joven

Más acción y peligro para los fans de Wendy

Ha sido noche de fútbol.

El Barça ha perdido por uno a tres y las calles se han llenado de caras largas, depresión, frustración y rabia azulgrana.

Entonces es cuando debe intervenir la policía, porque con frecuencia la frustración y la rabia, ya sean azulgrana o de cualquier otro color, se convierten en violencia y víctimas.

Hace horas ya que el coche patrulla número 304 ha salido de la comisaría de Sarrià-Sant Gervasi y recorre las calles de la zona noble de la ciudad.

Chalés modernistas convertidos en clínicas, o sedes de agencias de publicidad, o mansiones siniestras aisladas por muros infranqueables, escuelas de élite en edificios de diseño, restaurantes de moda.

Hasta ahora no ha habido mucho trabajo. Un coche aparcado que tenía las llaves puestas en la cerradura de la puerta, invitación para que cualquier desaprensivo entre y se lo lleve tranquilamente. Hay

gente muy despistada. Hay que localizar al propietario, llamarle, llevarle las llaves a casa. Después, ha sido un hombre tumbado en el suelo, que parecía muerto pero sólo estaba enamorado y borracho. Una ambulancia se lo ha llevado a urgencias, en prevención de un coma etílico. Y una pareja que discutía a gritos, gesticulando de tal manera que hacía pensar en la inminencia de una agresión física. En estos casos, hay orden de intervenir con energía y sin concesiones porque hay muchos asesinatos de mujeres a cargo de sus compañeros sentimentales. «Un momento, ¿qué pasa aquí?». Al final, nada. Como dice la madre de Wendy: «Bah, rutina».

Conduce Wendy y Roger calla, enfurruñado, y mira por la ventanilla del coche, envuelto en un silencio espeso que pone de manifiesto el dolor de su alma atormentada.

Wendy piensa, como siempre, que esta relación es muy incómoda.

Tiempo atrás, no hace mucho, Roger y ella mantenían una especie de relación sentimental, nada serio, podríamos decir que eran más que amigos y menos que novios. Entonces, Wendy corría detrás de Roger y él se hacía el interesante y la ignoraba, muy engreído. Hasta que Wendy se enteró de que él coqueteaba con una belleza de Homicidios y

lo envió a freír espárragos. Desde aquel momento, es Roger quien persigue a Wendy, desesperado y suplicante, y ella se hace la distraída.

Ya hace tiempo que han llegado a un punto de equilibrio prudente que hace soportables estas doce horas de patrulla nocturna y conjunta, de 18:00 a 6:00. Han aprendido a distraerse hablando de cine, de música, de los demás compañeros, de las salidas de tono de los jefes, de los turnos de patrullas y de las horas extras, y él calla las protestas de amor que le queman la punta de la lengua y ella ignora las ojeadas encendidas que él le envía procurando que ella le vea, pero como sin querer.

Pero hoy Roger no habla de nada. Desde que han salido de comisaría sólo ha abierto la boca para dirigirse a la gente de la calle que ha requerido su atención. El hombre que había olvidado las llaves en la cerradura del coche («Procure ir con cuidado»), el borracho enamorado («Venga, hombre, arriba, ¿cuántos dedos tengo aquí?»), la pareja que discutía («¿Pero os queréis callar?»), cuatro monosílabos con Wendy para quedar bien, y para de contar. Cuando se han enterado de que el Barça había perdido, en lugar de estallar en maldiciones y disparates, como sería de esperar, ha murmurado: «Vaya, hombre», y nada más.

Su silencio es tan inquietante como esos truenos lejanos y prolongados que anuncian inundaciones.

Hace rato que Wendy se lo está temiendo.

Y, de repente, ¡papatam!, ya está aquí el diluvio.

—¿Es verdad...? —empieza Roger sin mirarla, y tiene que interrumpirse para aclararse la garganta, porque tanto rato de mutismo le ha oxidado las cuerdas vocales. Y vuelta—: ¿Es verdad que has perdido un cambio de destino?

—¿Qué? —dice Wendy sin responder y sin respuesta.

—Me lo han dicho. Que hay plazas a concurso y has pedido que te envíen a las antípodas.

—A las antípodas no —dice ella—. A mi barrio. Para no tener que hacer una hora de viaje cada día.

—Jodó —dice él, desconsolado. Y, después de una pausa—. Jodó, eso es peor —otra pausa—: que te trasladen de comisaría. Jodó, qué fuerte. Pero, ¿por qué?

La radio del coche empieza a hablar:

Pelea multitudinaria en la discoteca Scratch, y añade la chica de sala, que es nueva y joven, «Mucho follón, mucho follón».

—Eh —insiste Roger—, ¿por qué?

–Pelea multitudinaria –repite Wendy mecánicamente, y pisa el acelerador porque están muy cerca de la discoteca Scratch.

Roger conecta la sirena y toda la luminaria mientras dice:

–No es una buena idea. Los policías no debemos vivir cerca de donde trabajamos, ¿es que no lo sabes? Hay mucho malo que nos tiene manía y puede venir a por nosotros. Si vivimos cerca del trabajo, ponemos en peligro a nuestra familia, a nuestros padres, a nuestros hermanos, a nuestros maridos...

–En caso de que tengas más de un marido –comenta Wendy.

Son los primeros en llegar.